

Pedroche



RELOJ DE SOL

Joaquín Pérez Azaústre

Pedroche, el pueblo, de donde toma el nombre la comarca, es un sepulcro alado con una percusión de paz nocturna. Hay una calma escueta sobre el aire, una condición desde las sombras que se esparcen del fondo de este valle, para poblar el cielo con misterios de muy variada y dúctil condición. La riqueza de los Pedroches, que tiene su santo y seña en la finura carnosa del lechón, en esa multitud de ibéricos alzados sobre los corazones de una mesa, tiene un símbolo escueto, concentrado y rocoso, en esa torre alzada de Pedroche, enhiesta desde el siglo dieciséis, que es faro de vigía de uno de los territorios más hermosos de toda Andalucía, ya convertido en mítico gracias a la prosa de Alejandro López Andrada. En su último libro, el ensayo/novela/reportaje titulado *Los años de la niebla*, dedicado a narrar esos tiempos difíciles de sus antepasados pastores –también memoria viva de nosotros, de la luz de los campos, de las hierbas cromáticas, llenas de presencia y gratitud–, encontramos varias muestras del preciosismo poético al que ha llegado ya la escritura de Alejandro, a esa emoción del límite del tiempo:“(...) Ahora la noche se ha echado sobre el pueblo como una cálida bolsa de alquitrán con ribetes morados en sus bordes de penumbra. No veo a nadie en la calle: Pedroche está triste y meditabundo, rodeado por la soledad de encinas y por el frescor rotundo de los huertos que, apacibles, se tienden a un lado de las casas. Paso junto a campanario en mi automóvil y, mi vista, ingrávida, asciende hasta la cúspide de la torre envuelta en un resplandor de muselina. En el aire de luto aún chillan los vencejos. Me alejo sin prisas, y el pueblo queda atrás, derramado sobre una colina fosforescente bajo el primer temblor de las estrellas. Voy fuera de mí, con el pensamiento detenido en la imagen lejana de mi juventud, cuando llegué a Pedroche por vez primera y ante mí apareció un pueblo bellissimo, ancestral, con su campanario de piedra hilvanando un cielo agujereado por cientos de grajillas. Era una tarde azul, no se me olvida. La brisa arrastraba un olor de uvas maduras. Finalizaba septiembre y olía a otoño (...)”. Así describe Alejandro López Andrada su primer y último encuentro, hasta la escritura de *Los años de la niebla*, con el bellissimo pueblo de Pedroche, que tiene en su estructura medieval, en la presencia roma de sus casas, compactas y acendradas, cosidas a la tierra, otra perspectiva de visión, una plenitud: la de escanciar las horas en un vino henchido por los árboles primeros, huidizos del crepúsculo y la plaza.